

044. La vivencia de Jesucristo

El diálogo se desarrolló entre un profesor de universidad —algo descreído, alejado de toda práctica religiosa, pero muy noble y sincero— y un colega que acababa de practicar el Cursillo de Cristiandad.

- *En definitiva, ¿qué has aprendido tú encerrado durante esos tres días?*

- *Solamente una cosa: he aprendido a ser cristiano.*

- *Y para ti, ¿qué significa ser cristiano?*

- *Muy sencillo: encontrarse con Cristo y quedarse con El.*

- *¿A eso se reduce todo?*

- *¿Y te parece poca cosa? Pruébalo, y ya me lo dirás.*

El profesor se quedó meditabundo. Inteligente, y de conducta moral sana, siguió tratando con el amigo, que un día, para darle la estocada final, le hizo leer el capítulo primero del Evangelio de Juan.

- *¿Ves? Ese Jesús era Dios, un Dios que se hizo hombre. Y hombre, mira cómo trató con los hombres. Lee esto, y ya seguiremos hablando otro día.*

La lectura que le señaló eran solamente unas líneas, pero que resultaron decisivas.

Nosotros las hemos oído muchas veces porque describen una de las escenas más bellas de todo el Evangelio, narrada por Juan, uno de los dos protagonistas.

Juan el Bautista estaba charlando con sus discípulos a la orilla del Jordán. Eran como las cuatro de la tarde, y ven pasar por el camino a aquel Jesús que Juan había bautizado en el río. Juan, como lo hiciera la primera vez, no reprime su emoción, y dice:

- *¡Mirad! Ése es el Cordero de Dios.*

Juan y Andrés, a escuchar esta expresión del Bautista, se levantan sin más y echan a andar detrás de Jesús, que nota pisadas detrás de sí, y se vuelve para preguntar:

- *¿Qué buscáis?*

- *Oye, Maestro, ¿tú, dónde vives?*

- *Venid conmigo y lo veréis.*

Caminan los tres, llegan a alguna cueva natural de la vecina montaña, pasan las horas que quedan del día charlando amigablemente, y los dos muchachos dicen al fin con resolución:

- *Nos quedamos contigo esta noche.*

Aquella noche, y para siempre. Porque aquellos dos magníficos muchachos, los primeros discípulos, ya no se separaron más del querido Maestro.

El profesor no necesitó de más explicaciones. Acostumbrado a pensar, pasó toda una semana repitiéndose a sí mismo: *¡Y se quedaron con El, y se quedaron con El!...* Hoy, es un cristiano cabal, un enamorado del Jesús de Nazaret, del que habla siempre con emoción a sus discípulos que tanto le aprecian.

Bien, y sin asistir a las clases del profesor, todos nosotros estamos acordados con él: cristiano es el que se encuentra con Jesús y se queda con Jesús para siempre.

Aquí está la belleza de nuestra fe: no se trata de saber muchas verdades, sino de sentir la presencia de Jesucristo por su gracia en nuestras almas y de serle fieles en todo momento.

Conocer a Jesucristo, enamorarse de El, seguir sus pisadas, y vivir como El vivió: esto y no otra cosa es eso tan grande de la vocación cristiana.

Con Jesucristo permanecemos cuando nos enseña. ¿Cómo no vamos a escucharle si El es la Verdad y solo El tiene palabras de vida eterna?

Con Jesucristo permanecemos cuando ora al Padre y con El hacemos nuestra oración. De Jesús hemos aprendido que somos como El, con El y por El hijos de Dios, y sabemos cómo hablar con Dios nuestro Padre del Cielo.

Con Jesucristo sentimos las grandes alegrías de la vida, ya que por nosotros cambió el agua en vino generoso durante las bodas de Caná, con lo cual significaba que nos traía la alegría del Cielo, preludio de la alegría eterna de la Iglesia en su desposorio con el mismo Cristo.

Con Jesucristo, ante la tumba de Lázaro, el amigo muerto, aprendemos a compartir también con los hermanos las penas de la vida, solidarizándonos con el dolor de todos los que sufren.

Con Jesucristo en la Última Cena sabemos lo que es tratar con El de amistad íntima, porque, al igual que Juan, tenemos la audacia de reclinar nuestra cabeza en su costado para escuchar los latidos de su amante Corazón.

Con Jesucristo, cuando un día u otro nos llega la hora del dolor, sabemos ofrecer nuestras angustias al Padre y aceptar su voluntad, como lo hiciera el mismo Jesús en el Huerto de Getsemaní y colgado tan injustamente en la cruz.

Con Jesucristo vivimos y con Jesucristo morimos, pues, como nos dice Pablo, tanto que vivamos como que muramos somos del Señor.

Prenda, sustento y vivencia de esta unión con Jesucristo es la unión que se realiza entre El y nosotros por la Eucaristía. Lo ofrecemos en el Altar, y nuestras vidas son un solo sacrificio con el de Cristo por la salvación del mundo. Lo comemos, y nos llenamos de su vida. Le acompañamos en su Sagrario, y le recordamos y le actualizamos el atardecer delicioso y la noche que pasó con los dos amigos aquellos... Si como el profesor, encontramos y vivimos así a Jesucristo, ¿somos o no somos cristianos?...